

# BIZANCIO, LOS ESLAVOS Y EUROPA ORIENTAL

José Marín \*

## 1. Introducción

A diferencia de lo que ocurre con los estudios acerca de las invasiones germánicas, podemos constatar un relativo desconocimiento respecto del origen de los eslavos y su “oscura progresión”<sup>1</sup>, como llamativamente la calificó Lucien Musset. El tema no carece de relevancia, toda vez que hablamos del origen, en definitiva, de Europa Central y Oriental, conceptos discutidos —quizá también discutibles— y que han estado de algún modo contaminados con visiones ideológicas de distinta índole<sup>2</sup>. Cabe preguntarse, al comenzar, de qué hablamos cuando decimos “Europa Oriental” o “Europa Central”, especialmente en referencia a la Edad Media, para evitar caer en anacronismos conceptuales o imprecisiones.

Europa puede ser dividida en una zona oriental y otra occidental a partir de una serie de líneas imaginarias que es posible trazar de acuerdo a criterios religiosos (mundo romano-católico o constantinopolitano-ortodoxo, de acuerdo a sus raíces), étnicos (una Europa de raigambre latino-germánica y otra eslava) o políticos (el mundo “occidental” enfrentado al soviético, o antes: el imperio de occidente frente a Bizancio), entre los puntos de vista más relevantes. A partir de la configuración de los extremos, además, se puede concebir una tercera parte y central,

---

\* Profesor en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso e investigador del Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile. Este trabajo es parte de una investigación mayor, aprobada como Proyecto FONDECYT, N° 1070334, 2007-2008.

<sup>1</sup> v. MUSSET, L., *Las invasiones. El Segundo Asalto contra la Europa Cristiana*, Trad. de A. Viñoly, Labor, 1968 (1965), Barcelona, p. 31; HEERS, J., *Historia de la Edad Media*, Trad. de E. Bosch, Labor, 1984, Barcelona, p. 69; v. tb. RUNCIMAN, S., “Byzantium and Slavs”, en: BAYNES, N. and MOSS, H. ST. L.B., *Byzantium. An Introduction to East Roman Empire*, At the Clarendon Press, 1962 (1948), Oxford, p. 338.

<sup>2</sup> El siguiente ejemplo puede ser bastante ilustrativo al respecto: “During the communist period, Yugoslavs refused to identify themselves with Eastern Europe, claiming that they were different from Romanians, Bulgarians or Czechoslovakians. In the other countries of Eastern Europe they were also perceived as something else. Since the collapse of the Iron Curtain they tend to identify themselves generally as ‘Central european’ and not as ‘Eastern European’ “. ŠARIĆ, L., “Balkan Identity: Changing Self-Images of the South Slavs”, en: *Journal of Multilingual and Multicultural development*, Vol. 25, N° 5/6, 2004, p. 390.

lo que viene a complicar aun más el asunto<sup>3</sup> —sin mencionar por ahora la noción de sudeste europeo de Iorga—.

La verdad es que cuando nos referimos a Europa Oriental, Europa Central o Europa Centro-oriental, estamos usando una nomenclatura comprometida con la historia política de la región, en los siglos XIX y XX, aun cuando se pueden encontrar referencias más tempranas. A diferencia de lo que ocurre con *norte* y *sur*, que son referencias geográficas objetivas, *oriente* y *occidente* se han relativizado a partir del observador o protagonista que asume una u otra denominación a modo de identidad, no sólo determinada por su localización geográfica, sino en gran medida por su “ubicación” cultural e ideológica. Como hemos dicho en otro lugar, “la expansión de [uno u otro] ha implicado una relativización de los conceptos *Oriente* y *Occidente*: las relaciones, de enfrentamiento o no, entre uno y otro mundo pueden darse en el siglo X en la España Musulmana, cuando Almanzor (978-1002) saquea la ciudad de Compostela, en el Próximo Oriente en la época de las Cruzadas, en Viena, durante el asedio turco otomano de los siglos XVI y XVII, o en la conquista napoleónica de Egipto a fines del siglo XVIII, y, quizá, también en los albores del siglo XXI en el corazón financiero de los Estados Unidos”<sup>4</sup>. Tal idea es perfectamente aplicable a una realidad más acotada, como es el caso de Europa, toda vez que se usan tales denominaciones dependiendo de circunstancias políticas —las influencias alemana y austríaca, por ejemplo— o ideológicas —la presencia de la hegemonía soviética y el Pacto de Varsovia—. De hecho, cuando hoy hablamos de *países del este* o Europa Oriental, aludimos a un invento de la Guerra Fría y por tanto una noción esencialmente geopolítica<sup>5</sup>, y no necesariamente esa clasificación —sustentada en la identificación de sistemas políticos y económicos diversos y hasta antagónicos— tiene un sustento histórico, cultural, étnico y lingüístico que sea claro y simétrico<sup>6</sup>. De hecho, la extensión de la Unión Europea hacia, precisamente, los “países del este”, demostraría en la práctica que tal concepto ha perdido consistencia en forma significativa en los últimos decenios.

---

<sup>3</sup> v. OKEY, R., “Central Europe/Eastern Europe: Behind the Definitions”, en: *Past and Present*, N° 137, Nov. 1992, p. 102.

<sup>4</sup> v. MARÍN, J., *Cruzada, Guerra Santa y Yihad. La Edad Media y Nosotros*, Ediciones de la Universidad Católica de Valparaíso, Serie Monografías Históricas N° 15, 2003, Valparaíso, p. 35.

<sup>5</sup> BOGDAN, H., *La Historia de los países del Este*, Trad. de A. Forns, 1991 (Perrin, 1990), Buenos Aires, p. 11.

<sup>6</sup> v. en general: CURTA, F., “Introduction”, en: *East Central and Eastern Europe in the Early Middle Ages*, Ann Arbor, 2005, University of Michigan Press, pp. 1-38; OKEY, R., *op. cit.*, pp. 102-133.

Una forma fácil y neutra, ideológicamente hablando, para concebir una Europa Central y Oriental, es a partir de la geografía, dividiendo el continente en tres franjas, abarcando en total desde los diez grados de longitud oeste hasta los sesenta grados de longitud este. Europa Occidental abarcaría, aproximadamente, hasta los diez grados este, y desde allí y hasta los treinta cinco grados, lo que llamaríamos Europa Central, frente a la Europa Oriental que terminaría en los sesenta grados este<sup>7</sup>. Lo que corrientemente llamamos Europa Oriental, correspondería a una franja que corre desde los doce y medio grados hasta los cuarenta, abarcando Polonia, la repúblicas Checa y Eslovaca, Hungría, las repúblicas de la ex-Yugoeslavia, Albania, Grecia, Rumania, Bulgaria y las Repúblicas Bálticas, Bielorrusia, Ucrania y Rusia hasta Moscú. Por el norte el límite estaría establecido en el Mar Báltico y la Península Escandinava, mientras que por el sur los Balcanes cumplen el mismo papel. Objeto de controversia ha sido, ya por largo tiempo, definir qué es exactamente Europa Central (¿acaso los límites orientales de “Occidente”?, y qué la diferencia de Europa Oriental (¿Rusia y sus satélites –zaristas o soviéticos, da igual–, caracterizados por concepciones acerca del individuo y su libertad en oposición a las occidentales?). Aun reconociendo la existencia de una Europa Central, en nuestro caso hablaremos genéricamente de Europa Oriental, incluyendo aquélla<sup>8</sup>.

Es posible reconocer, por otra parte, dentro de la enumeración precedente, un subgrupo de países que conforman una región peculiar y conocida como “Sudeste Europeo”. Se trata de un concepto relativamente reciente y que vino a reemplazar la noción de “Turquía Europea”. De uso común desde la segunda mitad del siglo XIX, el concepto fue acuñado por estudiosos que identificaban una comunidad lingüística en la región, la que abarcaba una zona comprendida

---

<sup>7</sup> CURTA, F., “Introduction”, *op. cit.*, p. 2.

<sup>8</sup> Sobre el particular, véase BIDELEUX, R., - JEFFRIES, I., *op. cit.*, p. 14 : “We do not doubt the existence of East Central Europe as a fairly distinct cultural and historical region which essentially comprises the easterly territories of the former Habsburg Empire and is clearly distinguishable from Germany, Italy and Switzerland as well as from the southern and eastern Balkans and Russia. Nevertheless, we also see greater justification for treating East Central Europe as *the most Westernized part of Europe’s East* than for regarding it as *the most easterly extension of Europe’s West*. We adopt this stance out of respect and affection (rather than low regard) for this region, which we have been studying for most of our working lives. This stance may offend those East Central Europeans who insist that they and their ancestors have long felt themselves to be part of ‘the West’, but it is based neither on ignorance nor on ill will. More importantly, as mentioned above, it recognizes the magnitude of the social and cultural as well as economic adjustments which East Central Europeans have had to make in order to realize their desire to (re-)enter into the European ‘mainstream’”.

entre los Cárpatos y el Dniéster, y los mares Egeo, Negro y Adriático. Gracias a los trabajos de Nistor (1876-1972) y Iorga (1871-1940), el término se impuso como concepto historiográfico, reconociéndose en el sudeste de Europa no sólo una comunidad lingüística sino también histórica, a la vez que se ampliaba levemente su área geográfica hacia la región danubiana, incluyendo Transilvania, abarcando Rumania, parte de Ucrania y de Hungría, la ex-Yugoeslavia, Albania, Serbia, Bulgaria y Grecia<sup>9</sup>.

Pues bien, esa Europa Oriental que estamos tratando de definir, poco tiene que ver con la antigua clasificación ideológica, pero sí podemos reconocer algunas otras cosas relevantes, como la identidad étnica de base eslava y la identidad religiosa de base cristiana. Entendida así, esta Europa Oriental se parece mucho a la que definió Masaryk (1850-1937) —“las tierras ubicadas entre Alemania y Rusia”<sup>10</sup>— y que desde la segunda década del siglo XX se incorporó en los estudios históricos como un concepto útil al hablar de la Edad Media. Fue el polaco Tymieniecki (1887-1968) el primero en hablar seriamente de una historia medieval de Europa Oriental en 1928, abarcando la región que se extiende al este del río Elba, excluyendo Escandinavia —percibida como occidental— y los Balcanes —que no veía como una región europea—<sup>11</sup>. Sin embargo, nos parece que esta parte oriental de Europa debe incluir Grecia y los Balcanes, debido a que el elemento último de identificación descansaría en el plano religioso. En efecto, en época medieval nadie pensaba a Europa en términos de Oriente y Occidente<sup>12</sup>, sino que se concebía una *Christianitas* que tenía una expresión constantinopolitana y otra romana. Lo que conocemos como Europa Occidental es, en la realidad medieval, la *Christianitas Occidentalis* de Carlomagno<sup>13</sup>, separada del Imperio Romano (léase *Bizancio*) por una franja de pueblos bárbaros ubicados entre el Mar Báltico y el norte de los Balcanes, zona que se fue dinamizando poco a poco al constituirse allí principados, primero, y reinos después. El Tratado de Aquisgrán del año 811 reconoció esa realidad que podemos calificar de bipolar, al asignar “áreas de influencia” al Imperio Carolingio y al Imperio Bizantino en aquella zona. En la medida que las potencias de la época tomaron conciencia del crecimiento de los nuevos estados (Moravia, Bulgaria, Serbia y

---

<sup>9</sup> v. CURTA, F., *Southeastern Europe in the Middle Ages. 500-1250*, Cambridge U. Press, 2006, Cambridge, pp. 2 y ss.

<sup>10</sup> v. BIDELEUX, R., - JEFFRIES, I., *op. cit.*, p. 12, donde los autores se manifiestan a favor de dicha visión.

<sup>11</sup> CURTA, F., *Southeastern Europe...*, *op. cit.*, p. 2.

<sup>12</sup> BIDELEUX, R., - JEFFRIES, I., *op. cit.*, pp. 15, 60.

<sup>13</sup> “...whose eastern borders anticipated closely the postwar Iron Curtain. The concept, however, was unknown in the Middle Ages.” OKEY, R., *op. cit.*, p. 106.

Croacia, más tarde Rusia, Polonia y Hungría), comenzaron a atraerlos hacia su órbita de influencia, el occidente latino-romano-germánico a través de la conquista mientras que el oriente greco-constantinopolitano optó por la creación de un verdadero *Commonwealth* sustentado en lazos espirituales, fundamento de una identidad religiosa ortodoxa que comparte desde entonces mucha población del centro y este de Europa, mayoritariamente eslava.

## 2. Los problemas de la etnogénesis.

Tenemos así un ámbito geográfico, histórico y cultural más o menos bien delimitado, al oriente del mundo carolingio y poblado en gran parte por eslavos de quienes poco se habla en las fuentes occidentales del período. Se trata de una Europa oriental mayoritariamente eslava que, para los historiadores occidentales sólo llamó la atención en raras ocasiones antes del siglo XIII<sup>14</sup>; incluso antes del siglo X apenas si se cuenta con el testimonio del Pseudo-Fredegario de mediados del siglo VII, de Paulo Diácono (c. 720-800), de Eginhardo (c. 770-840) o de los *annales* francos, de los siglos octavo y noveno<sup>15</sup>. Si bien los cronistas occidentales recogieron poca información, los historiadores bizantinos nos legaron noticias más completas e interesantes, pero que no esclarecen completamente el problema de los orígenes, un enigma aún no resuelto del todo. La cuestión es que, como ya se dijo, por mucho tiempo, los eslavos ocuparon un territorio marginal para los intereses tanto del Occidente Latino como del Oriente Griego. Cuando aquella área comenzó a formar parte de las zonas de influencia de uno y otro, los datos de los cronistas comenzaron a hacerse más precisos. Para el Imperio de Bizancio, ello ocurrió, primero, a mediados del siglo VI, con la aparición de los ávaros al norte del Danubio, y luego, desde el siglo IX, a raíz del conflicto con los búlgaros y la misión cirilometodiana. Como sea, se trata de testimonios tardíos, que no abarcan el período de los orígenes.

El profesor Gieyztor, de la Universidad de Varsovia, presentó no hace mucho una revisión del estado de la historiografía eslava, examinando los avances que ésta ha logrado a lo largo de los siglos XIX y XX, destacando que se ha visto, constantemente, contaminada por prejuicios de diversa índole, como por ejemplo, el *Paneslavismo* del siglo diecinueve, promovido por la Rusia zarista que buscaba la unión de los eslavos bajo su cetro. Recordemos, eso sí, para ubicar los

---

<sup>14</sup> CURTA, F., "Introduction", *op. cit.*, pp. 2 y s.

<sup>15</sup> v. CURTA, F., "Slavs in Fredegar and Paul the Deacon: medieval gens or 'scourge of God'?", en: *Early Medieval Europe*, 6 (2), 1997, p. 141.

hechos en su justa perspectiva, que originalmente el movimiento eslavófilo nada tuvo que ver con las intenciones expansionistas rusas, que terminaron ahogando el inicial movimiento de carácter más bien filosófico, cultural e identitario<sup>16</sup>. A título ilustrativo, recordemos algunas palabras de Zaleski, un polaco establecido en París quien, en 1872, afirmó que “nuestro siglo abunda en teorías en las que los orígenes duermen en los escritos de los eruditos, a veces inocentes y desinteresados; esas teorías, transplantadas por los publicistas, son explotadas por los gobiernos y llegan a ser, en sus manos, un instrumento poderoso de violencia política, de anexión y de conquista”<sup>17</sup>. Efectivamente, el eslavismo, sin dejar de ser un campo de estudio y de investigación serio, llega muchas veces a ser un mito colectivo, a veces activo y otras en estado de latencia<sup>18</sup>.

Recién a principios del siglo pasado, gracias a los estudios de Lubor Niederle (1865-1944) —quien, entre 1911 y 1925, publicó seis volúmenes sobre las antigüedades eslavas, continuando y completando los trabajos de Šafárik (1765-1891)—, los estudios acerca del mundo eslavo comenzaron a profundizarse “científicamente”, tendencia que, desde los años cuarenta, se vio reforzada por una respuesta natural y espontánea al desafío vivido durante la Segunda Guerra Mundial. La arqueología y la filología vinieron a corroborar, rectificar o desechar, según el caso, las tesis tradicionales, elaborándose desde entonces un cuadro más coherente acerca de la realidad histórica de los orígenes eslavos<sup>19</sup>.

No obstante, y a pesar de los esfuerzos desplegados por importantes eslavistas y especialistas en migraciones de pueblos, como Dvornik, Musset, Niederle, Vernadsky, Vilfan o Vlasto, entre otros, quedaban aún en los años en que Gieyztor presentó su diagnóstico historiográfico, dos grandes dilemas por resolver, y que dicen relación con algunas de las cuestiones más complejas, controvertidas e interesantes que ha planteado el estudio de la etnogénesis de los eslavos: primero, el de la “patria primitiva” de los eslavos, esto es, cuál fue su núcleo original de difusión, y si es posible identificarlo con claridad; segundo, los motivos de la migración que los habría llevado desde el hipotético núcleo de difusión hasta el lugar que hoy

---

<sup>16</sup> v. GUINS, G. C., “The Degeneration of Pan-Slavism”, en: *American Journal of Economy and Sociology*, oct. 1948, Vol. 8, N° 1, p. 51.

<sup>17</sup> Cit. en: GIEYZTOR, A., “Les antiquités slaves: Problèmes d' une historiographie bicentenaire”, en: SSS, vol. XXX, t. 1, p. 24.

<sup>18</sup> Ibid., p. 22.

<sup>19</sup> Ibid., pp. 17-39. v. tb. VILFAN, S., “Evoluzione Statale degli Sloveni e Croati”, en: SSS, vol. XXX, t. 1, pp. 108-115.

ocupan —se sabe, o se cree saber, el *cómo* (las rutas seguidas), pero no el *porqué*—<sup>20</sup>. A continuación, aunque sea sumariamente, pasaremos revista a algunas de las respuestas que se han dado a tales cuestiones.

No podemos ahora discutir en detalle las distintas vías de estudio propuestas ni las diversas escuelas involucradas, pues nos alejaríamos en demasía de nuestro objetivo; no obstante, sí podemos presentar sumariamente algunos aspectos de interés general. Respecto del primer tema, rescatamos, de entre varias teorías —como la del *descarte*: donde no encontremos germanos, en Europa Oriental, tiene que haber eslavos...(!?)—, la que podríamos llamar “tesis tradicional”, según la cual existen tres grandes grupos eslavos originarios, que inician su expansión desde un centro primigenio común —presumiblemente, en las inmediaciones del Prípet, entre Polonia y la Rusia Blanca, aunque también se puede hablar de una amplia área que abarca desde el río Vístula, por el oeste, y hasta el Dniéper por el este—: por una parte, los *vendos* o *venedi*, hacia el oeste, a quienes se les relaciona con la cultura lusaciana; por otra, los *antas* o *antae*, hacia el oriente, cuyo origen no está del todo claro pero que habrían ocupado el lugar de los spali y que constituirían el sustrato étnico del pueblo ruso; y hacia el sur, en tercer lugar, los *esclavenos* o *sklavenoi*<sup>21</sup>, una denominación común que incluía bajo su alero a varias tribus; sólo los esclavenos conservarían su nombre primitivo, mientras que el resto habría tomado el nombre de sus dominadores, como en el caso de serbios, croatas y búlgaros. Esta teoría, que se sustenta en escritores como Jordanes y Procopio —pero sobre todo en el primero—, soslaya el problema de los orígenes, identificando tres ramas eslavas ya constituidas y en expansión. La migración de los eslavos hacia el sur, en la región danubiana donde Procopio los localiza, se habría debido a cambios en las condiciones climáticas<sup>22</sup>. En cuanto al segundo problema, explicaciones como la del “espacio vacío” —esto es, que los eslavos tienden a llenar el espacio abandonado por los germanos en los siglos IV y V—, se inscriben en visiones globales que si bien ayudan a comprender el fenómeno, no aclaran un problema central: la relativa simultaneidad

---

<sup>20</sup> v. GIEYZTOR, A., *op. cit.*, p. 32; MUSSET, L., *op. cit.*, pp. 31 y ss.; MUSSET, L., “Entre deux vagues d'invasions: la progression slave dans l'histoire européenne du Haut Moyen Age”, en: SSS, vol. XXX, t. II, pp. 999 y s.; DVORNIK, F., *Les Slaves. Histoire et civilisation de l' Antiquité aux débuts de l' Époque Contemporaine*, traduit de l'anglais par D. Pavlesky avec la collaboration de M. Chpolyansky, Ed. Du Seuil, 1970 (Boston, 1956; New Brunswick, 1962), Paris, pp. 19 y ss.

<sup>21</sup> v. *Ibid.*, pp. 24 y ss.; VERNADSKY, G., *A History of Russia*, vol. 1: *Ancient Russia*, Yale University Press, Sixth Ed., 1964 (1943), Massachusetts, *passim*.

<sup>22</sup> v. CURTA, F., *Southeastern Europe...*, *op. cit.*, p. 56 y ss., con una interesante y sintética crítica a las tesis tradicionales.

de la expansión eslava, hacia el este, el sur y el oeste<sup>23</sup>. La explicación del éxito de los eslavos en el dominio de gran parte de la Europa oriental y del Sudeste descansaría en su organización social y política, pues se habría tratado de una sociedad igualitaria y democrática, idea que no tiene más respaldo que un mal interpretado —o mejor: interesadamente interpretado— pasaje de la obra de Procopio, y que se contradice además con la evidencia arqueológica hoy conocida<sup>24</sup>.

### 3. De la Etnogénesis a la Etnonimia.

La tesis de Pritsak, de la Universidad de Harvard, sustentada en un estudio de carácter filológico pretende, precisamente, explicar el origen y causas de las migraciones eslavas. Según este autor los pueblos que en Europa se conocerán como eslavos, corresponden a guarniciones fronterizas del imperio estepario ávaro que, una vez debilitado, comenzaron a llevar una vida histórica independiente, aunque conservando el nombre que les daba su dominador. Más que en la etnogénesis, el énfasis de Pritsak está puesto en la etnonimia, pues busca explicar el origen del nombre de los eslavos, el cual aparece en la esfera culta bizantina hacia mediados del siglo VI, sea en lengua siríaca, griega o latina.

Los ávaros, durante el siglo VI, lograron conformar un imperio o *Pax Ávara*, en palabras de Pritsak —un eslabón más en la dinámica cíclica de la formación de los imperios nómadas de la estepa—, cuyo territorio se dividía en provincias *interiores* y *exteriores*, cada una con su propia administración y ejército, siendo las últimas de singular relevancia por encontrarse en contacto con pueblos de carácter sedentario, sobre los cuales periódicamente se hacen rápidas incursiones para luego regresar al solar original; es decir, las provincias exteriores señalan el *limes* de la *Pax Ávara*. El área exterior, en Europa, lindaba con Bizancio y con los francos, marcando los ríos Danubio y Saale-Elba, respectivamente, las fronteras. En estas regiones los dominadores ávaros —poderosos caballeros guerreros que establecen su liderazgo a partir del prestigio militar— sometieron e integraron a tribus locales, reclutando allí los ejércitos fronterizos necesarios, o sea, la población autóctona pasaba a formar tropas auxiliares para el Imperio ávaro.

---

<sup>23</sup> v. DVORNIK, F., *op. cit.*, pp. 31 y ss.; MUSSET, L., *op. cit.*, p. 34; MUSSET, L., art. cit., pp. 982 y ss.

<sup>24</sup> CURTA, F., *The Making of the Slavs. History and Archéology of the Lower Danube Region, c. 500-700 A.D.*, Cambridge U. Press, 2001, Cambridge, pp. 115 y ss.; CURTA, F., *Southeastern Europe...*, *op. cit.*, pp. 56 y ss. Como apunta BARFORD, P. M., *The Early Slavs. Culture and Society in Early Medieval Eastern Europe*, Cornell U. Press, 2001, New York, p. 59, el relato de Procopio ilustra la visión del otro (alteridad) desde la óptica del mundo bizantino.

Señala Pritsak que característico de los imperios nómadas de la estepa es que cada territorio era organizado militar y demográficamente conformando un *tüman* o *gur*, esto es, una unidad de diez mil hombres; se trata, pues, de provincias que funcionan como una poderosa unidad táctica de carácter militar, cuyo territorio se establece a partir de un criterio demográfico. La palabra *Bulgaria*, por ejemplo, se compone del prefijo *bul*, “cinco” en lengua huna, y el sufijo *gur*, es decir, una región fronteriza que es capaz de proporcionar cinco unidades militares para el Imperio ávaro —lo mismo se aplica a los *qutturgures* (*quttur* = 9), *Onnogures* (*onno* = 10) o *Uturgures* (*utur* = 30)—. Los ávaros se habrían organizado de manera similar y, una vez extinguida la *Pax Ávara*, las tribus sometidas, ya identificadas con el nombre asignado por los dominadores, continuaron su vida histórica, ya en forma autónoma, como habría ocurrido con los búlgaros, para completar el ejemplo citado. En las fuentes bizantinas, precisamente, onnogures, qutturgures y uturgures, aparecen como ingobernables miembros de las confederaciones tanto protobúlgaras como hunas, esto es, “tribus” que, en los textos, corresponderían más bien a una designación militar que a una étnica.

El caso de los *eslavos* es similar; durante el siglo VI aparece el nombre *sklavenoi* en las fuentes bizantinas, designando a un grupo de bárbaros guerreros que, a lo largo del *limes* danubiano, deambulan entrando, a veces, en contacto con el Imperio de Bizancio. En lengua huno-turca, *saqla-* significa “el que mira sobre, el vigilante el guardián”, y *saqla-w*, “guardia, observador”; en lengua protobúlgara, *saqlaw-* significa tanto “guardia, observador” como “esclavo entrenado”, forma que es recogida por la lengua árabe: *s(a)qlab*, “esclavo entrenado”. Estos términos, pues, no son, originalmente, designaciones de tipo étnico, sino términos clasificatorios de carácter administrativo y militar. Los *sklavenoi*, pueblos cuyos nombres primitivos desconocemos, una vez extinta la *Pax Ávara*, se apropiaron de tales denominaciones para autocalificarse. Los pueblos y aldeas locales, a lo largo del Danubio —sostiene Pritsak— llegaron a desarrollar, bajo el influjo de la *lingua franca* que impusieron los ávaros, un lenguaje común “eslavo”; los hablantes de esta nueva *lingua franca* comenzaron poco a poco a apropiarse del término profesional “sklavin” (de origen no eslavo) como una forma de autodenominación, con el resultado de crear la ilusión de que en la remota antigüedad eslava existía una conciencia de unidad que habría quedado grabada en dicha etnonimia.

La tesis de Pritsak —que hemos simplificado en extremo— tiene el mérito de explicar, primero, los nombres de las antiguas tribus eslavas; segundo, su origen; y, tercero, la

simultaneidad relativa y la rapidez de su expansión. El problema de la rápida “colonización” eslava —concluye Pritsak— a lo largo de los grandes ríos de la Europa central y oriental durante los siglos VI al IX, puede ser visto como un dilema resuelto: como los “marines” de nuestro tiempo, los esclavinios (futuros eslavos) fueron entrenados para moverse rápidamente a través de los ríos, las únicas “autopistas” de la época<sup>25</sup>. La proposición de Pritsak es interesante y aparentemente sólida en sus planteamientos filológicos<sup>26</sup>; sin embargo, su carácter novedoso, como señalara prudentemente Musset, lleva a tomarla con precaución<sup>27</sup>.

#### 4. De la Etnonimia a la Etnicidad

Por último, es imprescindible referirse a la reciente e interesante proposición<sup>28</sup> acerca de los orígenes eslavos que debemos a Curta, profesor de la Universidad de Florida. En un libro, además de varios artículos publicados en los últimos años, Curta propone nuevas formas de aproximarse al fenómeno de la construcción de la identidad eslava en la Edad Media, preocupándose de la etnogénesis y la etnicidad eslavas en el centro sur y sur de Europa, entre los siglos VI y VIII. Fundamentalmente, Curta quiere demostrar que los eslavos llegaron a serlo sólo en el contacto con el mundo romano-bizantino. Así, pues, la etnicidad eslava —y ésta es la médula y el meollo de su tesis— es un invento de los escritores bizantinos, quienes usaron denominaciones como *Sklavenoi*, en forma genérica, para identificar grupos de poblaciones de la región danubiana, que aparecen en el horizonte bizantino desde la época del emperador Justiniano el Grande.

Curta tiene formación de historiador y de arqueólogo y, además, construye su tesis a partir de los postulados y perspectivas de la antropología. Es, precisamente, esa visión de conjunto la que le otorga a su tesis una singularidad especial. Su autor, en un ejercicio muy interesante, es capaz de contrastar las fuentes literarias con los hallazgos arqueológicos, llegando a conclusiones

---

<sup>25</sup> PRITSAK, O., “The Slavs and the Avars”, en: SSS, vol. XXX, t. 1, pp. 353-432.

<sup>26</sup> O. PRITSAK, entre 1951 y 1960, ha publicado al menos una decena de estudios filológicos y de lingüística comparada, de lenguas y dialectos turcos y búlgaros. Es, según esto, toda una autoridad en la materia, aunque se le pueda criticar que lleva sus conclusiones demasiado lejos, algunas son controvertidas y a menudo sus estudios son recargados, aunque bien documentados. Al respecto v. SINOR, D., *Introduction à l' Étude de l' Eurasie Centrale*, Otto Harrasowitz, 1963, Wiesbaden, *passim*.

<sup>27</sup> v. MUSSET, L., art. cit., p. 1021, texto correspondiente a la lección de clausura del congreso celebrado en Spoleto, realizando un balance del mismo.

<sup>28</sup> “...an ingenious conjecture...”, según la expresión de BIDELEUX, R., - JEFFRIES, I., *op. cit.*, p. 48.

que vienen a renovar los estudios acerca de los orígenes eslavos. Si alguien, justamente, se había preguntado qué pasó con la discusión acerca de dicha temática después de la sorprendente tesis filológica de Pritsak que acabamos de reseñar, encontrará en la obra de Curta una adecuada respuesta, como para referirse ya con más cuidado a la “oscura progresión” de los eslavos.

El estudio incorpora el análisis de las fuentes literarias —que el autor maneja con gran propiedad— así como también información de carácter arqueológico. Interesante, sin duda, es su explicación en relación a la confusión de nombres que ha implicado en la historiografía la inadecuada interpretación de la obra de Jordanes (c. 551), a partir de la cual se estableció como verdad absoluta la existencia de las tres grandes ramas de eslavos que ya hemos mencionado. Precisamente, Jordanes dice: “(34) Situada entre estos ríos se halla Dacia, protegida por los escarpados Alpes dispuestos a modo de corona. A la izquierda de éstos, en dirección al Aquilón, se asienta la populosa nación de los vénetos (*Venetharum natio populosa*), ocupando un inmenso territorio desde el nacimiento del Vístula. Aunque sus denominaciones varíen dependiendo de las tribus y los lugares, sin embargo, se los llama principalmente esclavenos y antes (*Sclaveni et Antes nominantur*). (35) Los esclavenos (*Sclaveni*) habitan el territorio que se extiende desde la ciudad de Novioduno y el lago llamado Mursiano, hasta el Danastro y por el norte hasta el Vístula. Tienen pantanos y bosques en lugar de ciudades. Los antes (*Antes*), por su parte, que son los más valerosos, se extienden desde el Danastro hasta el Danapro, por donde dibuja una curva el mar del Ponto”<sup>29</sup>. Y más adelante, agrega: “(119) ...como habíamos comenzado a contar al inicio de nuestra exposición, cuando enumeramos los diversos pueblos, surgieron todos de una misma estirpe, aunque hoy reciben tres nombres diferentes: vénetos, antes y esclavenos (*Venethi, Antes, Sclaveni*).”<sup>30</sup>

El texto citado, piedra angular de la que hemos denominado “tesis tradicional”, incluye a los *venedos* —de quienes ya se habían ocupado Plinio Segundo Mayor (23-79)<sup>31</sup>, Ptolomeo (c. 100-170)<sup>32</sup> y Tácito (59-119)<sup>33</sup>— como eslavos, igualándolos con antas y esclavenos. Ya Pritsak había llamado la atención acerca de la necesidad de revisar el testimonio de la *Getica* de

---

<sup>29</sup> JORDANES, *Origen y Gestas de los Godos (Gética)*, 34-35, Edición y traducción de J. M. SÁNCHEZ, Cátedra, 2001, Madrid, pp. 76 y s. Véase tb.: IORDANIS *Getica*, en: MGH, AA. AA., V, 1, Ed. Th. MOMMSEN, 1882, Berlín, pp. 62-63.

<sup>30</sup> JORDANES, *Gética*, 119 (Ed. J. M. SÁNCHEZ, p. 125; Ed. Th. MOMMSEN, pp. 88-89).

<sup>31</sup> PLINIO EL VIEJO, *Hist. Nat.* IV, 97 (Trad. de A. FONTAN et alt., Ed. Gredos, 1988, Madrid, p. 155).

<sup>32</sup> PTOLOMEO, *Geog.*, III, 5, 7.

<sup>33</sup> TÁCITO, *Germ.* 46, 1-2 (Trad. de J. M. REQUEJO, 1981, Madrid, p. 147).

Jordanes, lo que Curta hace de modo notable y original al analizar el testimonio literario a la luz de las cartas geográficas de la época, atribuyendo los equívocos y las inconsistencias de Jordanes a las confusiones propias de las erradas proyecciones cartográficas en uso en aquel entonces<sup>34</sup>. Podría tratarse de un mapa inspirado en la obra de Ptolomeo, o en uno de redes viarias similar a la *Tabula Peutingeriana*<sup>35</sup>, o en ambos, esto es, que Jordanes utilizó más de una carta geográfica como fuente para escribir su obra. Así, la tesis de la etnogénesis en las inmediaciones del Prípet y la consiguiente migración causada por las condiciones ambientales, se derrumba junto al valor que se le asignaba a Jordanes como evidencia de la antigüedad de los eslavos<sup>36</sup>, opinión que es también compartida por P.M. Barford<sup>37</sup>.

Por otro lado, Curta nos introduce en los hallazgos que ha realizado la arqueología en la región danubiana, zona fronteriza —*limes*— entre el mundo eslavo y Bizancio, con énfasis en la actividad constructiva del emperador Justiniano, la formación de la identidad étnica entre las tribus bárbaras de las inmediaciones del Danubio y sus evidencias materiales, tema que también se aborda focalizado en regiones tales como Rumania, Moldavia y Ucrania.

En fin, del análisis de Curta se desprende una nueva imagen del mundo eslavo primitivo y la constatación de que, antes de la fortificación del Danubio por Justiniano, ya había eslavos en la región. El estudio de los hallazgos numismáticos, por otra parte y siempre según el autor, permite explicar el colapso de las defensas danubianas como un problema estrictamente bizantino, y no en relación a las invasiones eslavas, concepto que por cierto Curta rechaza, prefiriendo hablar de migraciones, *raids* y movimientos de corta distancia, parte de un *modus vivendi* agrícola e itinerante.

A quienes sostienen que la historia de los eslavos comenzó en el siglo VI, Curta les replica que ellos, en realidad, fueron una invención del siglo VI, detrás de la cual se oculta, naturalmente, una etiqueta elaborada por los extranjeros al mismo tiempo que una forma de autoidentificación. Resulta difícil, en todo caso, establecer si aquella población que nos revela la

---

<sup>34</sup> v. CURTA, F., *op. cit.*, Cambridge U. Press, 2001, Cambridge, pp. 42 y s.

<sup>35</sup> Acerca de la *Tabula Peutingeriana*, v. CONTA, G., “La Cartografía Romana”, en: *Semanas de Estudios Romanos*, Vol. XII, 2004, Valparaíso, pp. 43 y ss., con claras explicaciones acerca de la asimetría del diseño longitudinal y latitudinal, y la desorientación que provoca en el lector de la carta.

<sup>36</sup> v. POHL, W., “Justinian and the Barbarian Kingdoms”, en: MAAS, M. (Ed.), *The Age of Justinian*, Cambridge U. Press, 2005, New York, pp. 469 y s.

<sup>37</sup> BARFORD, P. M., *op. cit.*, pp. 35 y ss.

arqueología, se llamaba a sí misma con la palabra *sklaveno* o *anta*, como aparecen en las fuentes bizantinas. Por cierto, “invención” no significa aquí pura ficción: los autores bizantinos parecen haber utilizado la palabra *sklaveno* como una forma de explicarse un proceso de identificación grupal que estaba ocurriendo bajo sus propios ojos en la región danubiana<sup>38</sup>. Los eslavos no llegaron a serlo porque hablaran eslavo, sino porque fueron llamados así por otros, y esos otros fueron los cronistas e historiadores bizantinos del siglo VI. En otras palabras, los “eslavos” eran bárbaros que habitaban al norte del Danubio y distintos de hunos o ávaros, y que requerían de distintas estrategias para enfrentarlos<sup>39</sup>.

El tema de la invención de los eslavos, así, es una cuestión de “etiquetamiento” histórico, si se nos permite decirlo así, o de etnonimia y no de etnogénesis propiamente tal. Una cierta forma de identidad de grupo —etnicidad— fue poco a poco abriéndose paso entre aquellos a quienes se llamó eslavos y que terminaron por adaptarse, aunque tardíamente, al uso de dicha nomenclatura; una real identidad, un “somos eslavos” —dice finalmente Curta— no apareció sino hasta la *Primera Crónica Rusa* —seguramente como resultado de la expansión de la liturgia eslava<sup>40</sup>—, y el rechazo a asumir tal denominación en época más temprana, demostraría que se trató originalmente de un nombre impuesto por el extranjero, por mucho tiempo enemigo<sup>41</sup>. Así, una elaboración conceptual bizantina, resultado de una posición de superioridad frente al otro bárbaro más que de una real indagación producto de una sostenida interacción, fue adquiriendo lentamente un significado etnográfico<sup>42</sup>. Por cierto, como advierten también R. Bideleux e I. Jeffries, la tesis de Curta explica sólo el caso danubiano, y nada nos dice acerca de otros eslavos, tales como polacos, checos, eslovacos o rusos; así, señalan ambos estudiosos, Curta sólo ha establecido que realmente no sabemos nada seguro acerca de cómo, cuándo y dónde se originaron los eslavos<sup>43</sup>.

---

<sup>38</sup> CURTA, F., *Southeastern Europe...*, op.cit., p. 59.

<sup>39</sup> Ibid., p. 61; v. tb. BARFORD, P.M., op. cit., pp. 35 y ss.

<sup>40</sup> Ibid., p. 29.

<sup>41</sup> CURTA, F., *The Making of the...*, op. cit., pp. 335 y ss. Respecto de la *Primera Crónica Rusa*, véase la reciente edición de A. L. ENCINAS MORAL: NÉSTOR, *Relato de los años pasados según la Crónica Laurenciana (1377)*, Edición, traducción del ruso antiguo y prólogo de A. L. ENCINAS MORAL, Ediciones Miraguano, 2004, Madrid, p. 69.

<sup>42</sup> CURTA, F., *The Making of the...*, op. cit., p. 350;

<sup>43</sup> BIDELEUX, R., - JEFFRIES, I., op. cit., p. 48.